

*Beatriz Navarro Sanz**

El aislacionismo en la era Trump y la renovación de las alianzas estratégicas: una oportunidad para la Unión Europea

El aislacionismo en la era Trump y la renovación de las alianzas estratégicas: una oportunidad para la Unión Europea

Resumen

La victoria de Donald Trump en Estados Unidos y el cambio de rumbo de su política exterior imponen nuevas reglas de juego y cambios en las alianzas geoestratégicas, que pueden erosionar los pilares del orden geopolítico que se diseñó tras la Segunda Guerra Mundial. La visión aislacionista de Trump puede suponer un riesgo pero a la vez una oportunidad para los distintos actores en el escenario internacional, en concreto para la Unión Europea, la cual puede consolidarse como un actor geopolítico internacional si previamente es capaz de resolver y fortalecer sus propias debilidades internas.

Abstract

Donald Trump's US election victory and the change of direction of US foreign policy impose new rules of the game and changes in geostrategic alliances that can erode the pillars of the geopolitical order that was designed after Second World War Trump's isolationist vision may pose a risk but at the same time an opportunity for the different actors on the international stage, specifically for the European Union, which can reinforce itself as an international geopolitical actor if it is able to resolve and strengthen its own internal weaknesses.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Palabras clave

Estados Unidos, Donald Trump, política exterior, Unión Europea, Rusia, China, geopolítica internacional, alianza geoestratégica, actor geopolítico internacional.

Keywords

United States, Donald Trump, foreign policy, European Union, Russia, China, international geopolitics, geostrategic alliance, international geopolitical actor.

A modo de introducción: la visión «trumpiana» del mundo y su influencia en la configuración del nuevo orden internacional

Tras una de las campañas electorales más polémicas y tensas en la historia de Estados Unidos (en adelante, EE.UU.) y contra todo pronóstico, el republicano Donald Trump ganó las elecciones que tuvieron lugar el 8 de noviembre de 2016, convirtiéndose en el 45º presidente de EE.UU. el 20 de enero de 2017, tras su toma de posesión en las escaleras del Capitolio. Las anunciadas promesas electorales empezaron pronto a concretarse en medidas gubernamentales, todas ellas encaminadas a romper el *establishment* político, económico y cultural del país, conforme a su particular visión del mundo y a la misión hegemónica que según ella le corresponde a EE.UU., en la sociedad internacional. Su objetivo prioritario se resume en la expresión utilizada durante su campaña electoral, *Make America great again*¹ (que América vuelva a ser grande), siendo la consecuencia inmediata el inicio de un nuevo orden internacional en el que se imponen inevitablemente nuevas reglas de juego y cambios en las alianzas geoestratégicas, que pueden erosionar los cimientos del orden geopolítico que se diseñó tras la Segunda Guerra Mundial. El cambio de poder en EE.UU., y el giro radical de la política exterior de Donald Trump ha hecho emerger con fuerza a dos actores en el escenario internacional: Rusia y China, dos países que pueden formar nuevas y sorprendentes alianzas que podrían cambiar la geopolítica mundial.

Sin embargo, aunque más desapercibida e infravalorada por Trump, la Unión Europea (en adelante, UE) también puede jugar un papel geoestratégico muy importante en un mundo inestable y convulso. Defensora del «multilateralismo eficaz»², de valores y principios tales como la libertad, la paz y la solidaridad, la UE puede desempeñar un papel decisivo para afrontar los retos y resolver las amenazas del nuevo orden internacional. Probablemente, las políticas fundadas en dichos principios y valores constituyen la vía más adecuada para frenar el auge de los populismos y combatir los extremismos y nacionalismos radicales.

1 Eslogan de la campaña de Donald Trump.

2 El multilateralismo eficaz en las relaciones internacionales es un sistema por el que los Estados están vinculados entre sí a través de una serie de normas y principios comunes regidos por las instituciones y organizaciones internacionales.

A finales de marzo la UE celebró su sesenta aniversario, reuniendo en Roma a los veintisiete líderes europeos y reafirmando todos ellos su voluntad de permanecer unidos ante la crisis más profunda que atraviesa desde su creación. La supervivencia del proyecto común europeo dependerá de la capacidad de la propia Unión de transformar los riesgos y desafíos en renovadas y nuevas oportunidades, uniendo posiciones y fuerzas para consolidarse como un actor geopolítico internacional. La victoria de Trump y su influencia en la configuración del nuevo orden internacional no solo pone a prueba la resiliencia de la democracia estadounidense, sino que también supone un auténtico reto para los distintos actores de la sociedad internacional, concretamente para la Unión Europea.

El anacronismo de la política exterior de Donald Trump en un mundo global: hacia la renovación de las alianzas geoestratégicas en el escenario internacional

Un análisis adecuado de la política exterior de la Administración Trump exigiría esperar para ver efectivamente qué políticas y decisiones adopta en el escenario internacional. Por sus efectos y repercusiones, la política exterior de la que es considerada como la primera potencia mundial siempre ha despertado un gran interés e inquietud en el resto del mundo. Por tanto, cada cuatro años, se sigue con especial atención las propuestas que en este ámbito realizan los candidatos a la Casa Blanca. Sin embargo, durante la campaña electoral de 2016 la política exterior de Trump se caracterizó por no tener un gran protagonismo y, por tanto, resultó ser impredecible para la mayoría de los analistas internacionales. Se puede afirmar que la visión de Trump en materia de relaciones exteriores se aleja de las líneas tradicionales de sus predecesores, desde Roosevelt hasta Obama, que adoptaron una postura de internacionalismo liberal y neoconservadurismo que orientaron sus decisiones en política exterior. Sin embargo, Trump por primera vez tras la Segunda Guerra Mundial, parece decantarse, en principio, por una postura aislacionista, al otorgar una clara prioridad a la evolución y el desarrollo estadounidenses y pretender dejar al margen los asuntos globales que no afecten directamente a los intereses nacionales. En concreto y recientemente, se puede destacar su polémica decisión de abandonar el liderazgo global del Acuerdo de París sobre el cambio climático, lo que ha generado el profundo rechazo de la comunidad internacional.

Peter Baker, escritor del *New York Times*, ya afirmó un día después de la victoria de Trump que «por primera vez desde 1945, los estadounidenses eligieron a un presidente que prometió revertir el internacionalismo que practicaron sus predecesores para construir muros físicos y metafóricos»³. Un aislacionismo que, según lo afirmado por el propio presidente estadounidense, no supone renunciar a un aumento en el gasto en defensa. Bien al contrario, recientemente ha anunciado que destinará 54.000 millones de dólares⁴ más en 2018 a esta partida presupuestaria para combatir amenazas externas, como por ejemplo el Dáesh. Por tanto, nos estamos refiriendo a un aislacionismo que no rechaza el belicismo si fuera necesario para que EE.UU., sea respetado en el escenario internacional.

Además, la postura de Trump en asuntos exteriores también va a estar marcada por el unilateralismo, ya que va a tratar de imponer sus intereses, valores y principios en la sociedad internacional, mostrando poco respeto y confianza hacia las instituciones y organizaciones internacionales. Así pues, como señala el Nobel de la Paz, Óscar Arias, el presidente Trump «va a maltratar el multilateralismo que se ha creado sobre todo después de la caída del muro de Berlín, tras el fin de la Guerra Fría. Es volver al unilateralismo y querer imponer la voluntad de la Casa Blanca en muchas cosas importantes que se han creado desde el final de la Segunda Guerra Mundial»⁵.

En cuanto a las prioridades y líneas de acción de su política exterior, es previsible que estén en consonancia con el principio más significativo de su Administración en materia exterior, *America first*⁶ (América primero). Por tanto, queda claro que los intereses y la seguridad nacional van a ser el centro de su política exterior, la cual va a estar regida por su fuerte ideología nacionalista. En los dos primeros meses de su mandato, Trump ha hecho referencia a la política exterior como si fuese una cuestión de negocios, poniendo de manifiesto escaso conocimiento y experiencia en asuntos exteriores. Su falta de compromiso y responsabilidad ante los retos y desafíos del panorama

³ BAKER, P. «Análisis: la victoria de Trump cambiará drásticamente el orden internacional». *The New York Times*, 2016. Disponible en <https://www.nytimes.com/es/2016/11/09/analisis-la-victoria-de-trump-cambiara-drasticamente-el-orden-internacional/>. Consultado el 6 de marzo de 2017.

⁴ MARTÍNEZ, J. «Trump anuncia una subida de 54.000 millones de dólares en el presupuesto militar». *El País*, 2017. Disponible en http://internacional.elpais.com/internacional/2017/02/27/estados_unidos/1488210234_980587.html. Consultado el 7 de marzo de 2017.

⁵ USI, E. «Óscar Arias: "Con Trump Estados Unidos vuelve al unilateralismo"». 2016. Disponible en <http://www.dw.com/es/%C3%B3scar-arias-con-trump-estados-unidos-vuelve-al-unilateralismo/a-36364073>. Consultado el 7 de marzo de 2017.

⁶ Eslogan de la campaña de Donald Trump.

internacional, puede poner en peligro el legado de Obama en materia de política exterior, el cual consiguió mejorar notablemente la imagen exterior de Estados Unidos. Es importante señalar que durante el mandato de Obama no todo han sido logros y aciertos, aunque diversos analistas internacionales coinciden al afirmar que Obama «ha trabajado para cambiar la percepción que tiene el mundo del poder norteamericano, y ha demostrado haber comprendido muy bien cómo la globalización ha redistribuido la riqueza y la influencia entre los estados, y dentro de los estados»⁷.

Como consecuencia de estos cambios en la política exterior norteamericana se puede producir una renovación en las alianzas geoestratégicas en el escenario internacional, partiendo de la firme intención que ha manifestado Trump durante su campaña y tras las elecciones, de mejorar las relaciones con Moscú y cooperar conjuntamente en temas de interés común como el terrorismo yihadista en Oriente Medio. Por tanto, un fortalecimiento de las relaciones Washington-Moscú era bastante previsible. Sin embargo, y de manera poco previsible, en abril de este año el ataque estadounidense a una base militar siria generó una gran tensión con Moscú, llegando a afirmar Rusia que sus relaciones con EE.UU. atravesaban su peor momento desde el final de la Guerra Fría. Sin embargo, aunque quizá las relaciones entre ambas potencias se han enfriado al producirse un choque de intereses en un área geoestratégica clave, lo cierto es que ambas parecen abiertas al diálogo y a la cooperación en determinados asuntos globales como la derrota del Dáesh en Siria e Irak, lo que requiere una alianza Washington-Moscú fuerte y estable para solucionar uno de los mayores problemas para la paz y la seguridad internacional en la actualidad.

Por el contrario, Trump se ha mostrado crítico con China, acusando al gigante asiático de tener unas políticas comerciales injustas y avivando las tensiones por los contenciosos geopolíticos en el Mar del Sur de China. Su predecesor, Obama, consiguió llegar a algunos acuerdos importantes con China en relación con el acuerdo nuclear con Irán o el acuerdo sobre el cambio climático, pero Trump ha criticado duramente estas decisiones y tiene intención de no respetarlas. Por tanto, parecía posible que China se convirtiese en el mayor enemigo de EE.UU., en el siglo XXI, como también lo era que Trump tratase de mejorar las relaciones con Rusia convirtiéndose

⁷ LAIPSON, E. «El legado de Obama en política exterior: la reconfiguración del liderazgo de EEUU». 2016. Disponible en <http://anuariocidob.org/el-legado-de-obama-en-politica-exterior-la-reconfiguracion-del-liderazgo-de-ee-uu/>. Consultado el 8 de marzo de 2017.

en su aliado clave estratégico y tratar de enfriar las relaciones de Moscú con Pekín con el objetivo de aislar a China. Y aquí Rusia ganaría por partida doble: conseguiría contener el expansionismo chino apoyando a EE.UU.; y además, gracias al apoyo que ofrece a EE.UU., posiblemente Trump levantaría las sanciones impuestas a Rusia por el conflicto de Ucrania. Sin embargo, no hay que olvidar que la potencia asiática ya ha advertido a EE.UU., que si Trump se atreve a cumplir sus desafíos habrá una confrontación entre ambos países. Por tanto, podríamos estar hablando del peor, aunque poco probable, de los escenarios posibles en la esfera internacional. Si se iniciase una Guerra Fría entre las dos grandes potencias, las consecuencias económicas a nivel mundial serían muy negativas puesto que hay que tener presente que ambos países son mutuamente dependientes y una guerra comercial perjudicaría gravemente el crecimiento económico de EE.UU. y China.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que Washington es consciente de que podría ser clave mejorar sus relaciones con China para que presione a Corea del Norte en relación con el programa de armamento nuclear que tanta incertidumbre genera en el panorama internacional.

Otro posible escenario con el que nos podemos encontrar puede resultar más favorable para China, si sabe aprovechar adecuadamente las futuras oportunidades que se pueden derivar de la política exterior aislacionista de EE.UU. En primer lugar, cabe recordar que Obama trasladó el foco de atención de su política exterior del Atlántico a Asia-Pacífico, por lo que inevitablemente se aumentó la presión sobre China para contrarrestar su auge en la región. Sin embargo, Trump no ha puesto tanto interés en enfocar su política exterior hacia la zona de Asia Pacífico, ya que él mismo ha declarado que su principal objetivo en el escenario internacional es combatir y vencer al Dáesh en Oriente Medio. Por tanto, la postura aislacionista del presidente Trump podría provocar un cambio en las relaciones estratégicas de EE.UU., con algunas potencias asiáticas, lo que reduciría la presión sobre China en la región y favorecería su liderazgo estratégico en la zona. En segundo lugar, Trump ha rechazado que EE.UU. forme parte del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés), lo que indudablemente favorece a China, que es el mayor socio comercial de la región y provoca una relación de mayor dependencia de estos países respecto a China. Por último, es posible que ante la política aislacionista de EE.UU., el liderazgo de China no solo aumente en la región, sino que también lo haga en el resto del mundo al formar

parte de manera activa y pretender liderar asuntos globales importantes. Entre ellos, el cambio climático, especialmente desde que Trump anunciase la salida de EE.UU., del Acuerdo de París, lo que supone una buena oportunidad para China de liderar a nivel mundial el cambio climático, y que sin duda beneficiaría su imagen exterior y ampliaría su poder e influencia en el mundo.

A pesar de que la renovación en el juego de alianzas mundiales entre EE.UU., Rusia y China parecía bastante evidente, Trump se ha caracterizado hasta ahora por tomar decisiones de manera muy imprevisible. Por tanto, todavía tendremos que esperar para ver efectivamente qué fichas en el tablero internacional va a mover EE.UU., y cuál será la respuesta de Rusia y China. En definitiva, cómo afectará dicha renovación a la dinámica de las relaciones internacionales, teniendo en cuenta también al que puede ser el verdadero actor estratégico en el nuevo orden internacional: la Unión Europea.

El declive exterior de la Unión Europea y la era Trump: una oportunidad para consolidarse como actor geopolítico internacional

A pesar de que la UE se ha dotado de una mayor coherencia interna en su acción exterior tras la entrada en vigor del Tratado de Lisboa en el 2009 (instrumentos jurídicos e institucionales), su poder de influencia en las instituciones internacionales no ha progresado al mismo ritmo, es decir, a «mayor coherencia interna, menor influencia externa» («paradoja de la influencia»⁸). Según Esther Barbé, son tres los procesos que explican la pérdida de influencia de la UE: interno, constitutivo e internacional. A nivel interno: «los esfuerzos de los Estados miembros para establecer una voz única generan problemas de flexibilidad y de eficiencia en las instituciones globales»⁹ [...] «vinculados a la falta de cohesión entre los Estados miembros y a las dificultades de coordinación»¹⁰. En relación con el proceso constitutivo: «la voz única europea es rechazada por otros autores que la perciben como una voz neocolonial del mundo occidental, en lugar de la potencia normativa que la UE pretende ser»¹¹. En el plano internacional: «la emergencia de nuevos actores (potencias emergentes) ha cambiado

⁸ BARBÉ, E. «La UE frente a la emergencia de un mundo posoccidental: en busca del prestigio perdido/The EU and the emergence of a post-Western world: in search of lost prestige». *Revista CIDOB d'afers internacionals*, 2012, pp. 91-112.

⁹ *Ibídem* p. 100.

¹⁰ *Ibídem* p. 100.

¹¹ *Ibídem* p. 100.

la estructura de poder, tanto en el sentido material como ideacional, restando centralidad a la UE en las instituciones»¹².

La pérdida de influencia de la UE en el escenario internacional ha reforzado, a su vez, el impacto negativo de la crisis económica dentro de la Unión, acentuado la fractura norte-sur, entre países deudores y acreedores, y creando un clima político y de opinión pública poco proclive para la adopción de las medidas necesarias para resolver los problemas internos. El resultado ha sido la desafección de la ciudadanía respecto al proyecto de integración europeo, el auge del euroescepticismo y el fortalecimiento de los populismos y nacionalismos excluyentes en algunos países europeos (el *brexit* en el Reino Unido, la amenaza populista en Francia, Alemania y otros países del centro y este de Europa).

Algunos analistas internacionales han afirmado que el *brexit* puede suponer el primer paso para la desintegración de la Unión Europea. Sin embargo, tenemos razones suficientes para creer que la Unión Europea puede afrontar con éxito esta crisis y fortalecer el proyecto común europeo. La primera que, sin duda, el Reino Unido ha sido un buen socio diplomático y con capacidad militar y, además, la historia de la política exterior de la UE nos ha enseñado «una lección importante: aunque el Reino Unido ha sido siempre un socio difícil (con sus numerosas renunciaciones a políticas clave de la UE), también ha sido indispensable para avanzar en la política exterior». Sin embargo, la salida del Reino Unido de la UE también puede, en nuestra opinión, permitir una mayor integración de algunos países europeos e incluso suponer un avance en algunas cuestiones delicadas que se han quedado estancadas a lo largo de la historia europea, al haber sido el Reino Unido uno de los principales obstáculos para lograr avances en materias tales como la defensa común. Una buena manera de relanzar el proyecto común europeo sería a través de la defensa común, puesto que la UE tendría mayor autonomía de decisión y actuación y se convertiría en un actor más fuerte y creíble.

Respecto al auge de los populismos y nacionalismos en Europa, la UE debe replantearse su discurso político haciendo hincapié en los valores y principios fundacionales de la Unión, para fortalecer la identidad europea en un momento tan complicado y, a la vez, tan decisivo, recordando que la razón de ser de la UE parte de un pasado en común y del rechazo a las «atrocidades cometidas en Europa en nombre

¹² *Ibidem* p. 100.

de una identidad nacional»¹³. Debemos tener en cuenta que el populismo y el nacionalismo extremo han centrado «su discurso político en el incesante reconocimiento de identidades de todo orden, que segmenta la sociedad y presenta a Europa como un espacio multicultural y desarticulado sin una identidad política propia»¹⁴, por lo que puede ser una oportunidad idónea para que la UE construya un verdadero discurso político que recoja los valores y principios que la definen, reforzando así sus elementos identitarios internos y contribuyendo forma decisiva a legitimar a la propia UE, a su régimen de gobernanza económica y a su sistema político democrático.

Mayor identidad interna que podría incidir en una creciente identidad exterior e internacional. Pero para alcanzar este objetivo, tenemos que construir «más Europa dentro» para proyectar «más Europa fuera». En otras palabras, compatibilizar la coherencia *ad intra* con la suficiencia *ad extra*. El diseño del futuro político europeo puede convertirse así en una «cuestión clave» para resolver la actual crisis europea y ejercer un contrapoder al influjo de la Administración Trump. Pero hay que tener muy presente que la UE no podrá consolidarse como actor geopolítico internacional si no resuelve sus propias debilidades internas.

La victoria de Trump en EE.UU. llega en un momento muy complicado para la UE puesto que exige ahora más que nunca una respuesta coherente y unitaria de la Unión en base a unos fuertes valores y principios que permitan preservar el orden liberal-democrático global que se fundó tras la Segunda Guerra Mundial. Con esta intención, el pasado 25 de marzo, con motivo del sesenta aniversario de la UE se reunieron en Roma los líderes políticos de los 27 Estados miembros para reflexionar sobre el futuro de la Unión y tratar de perfilar una visión clara, coherente y unitaria de su papel en el mundo, que le permita consolidarse como un actor geopolítico internacional en la esfera global capaz de decidir sobre su propio destino.

Teniendo en cuenta el escaso respeto institucional que el nuevo presidente de EE. UU. ha mostrado hacia la UE —además de manifestarse a favor del *brexit* y crítico con la

¹³ ONGHENA, Y. «¿Existe la identidad europea?». 2015.

Disponible en

<http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:a2or9lVWqjwJ:anuariocidob.org/310-2/+&cd=3&hl=es&ct=clnk&gl=es>. Consultado el 9 de marzo de 2017.

¹⁴ ZARZALEJOS, J. «Los desafíos del populismo y del nacionalismo radical», 2013. Disponible en http://www.fundacionfaes.org/file_upload/publication/pdf/20141015105610los_desafios_del_populismo_y_del_nacionalismo_radical.pdf. Consultado el 9 de marzo de 2017.

OTAN—, es previsible que con Trump en la Casa Blanca las relaciones transatlánticas vayan a ser más complicadas que durante la Administración Obama. Tras la Segunda Guerra Mundial y hasta Trump, ningún presidente estadounidense había cuestionado su compromiso con Europa, pero Trump parece convencido de que los aliados europeos abusan de la generosidad de EE.UU., y que él puede conseguir mejores acuerdos bilaterales negociando con países como Rusia. Así pues, se abre un periodo de difícil previsión e incertidumbre en la esfera global que, sin duda, requiere de una UE capaz de responder con una voz única coherente y decisiva en el exterior, fiel a sus valores y principios y consecuente con sus decisiones.

En suma, la respuesta europea al «fenómeno Trump» determinará en buena medida la supervivencia y continuidad del proyecto común europeo, así como su papel en el mundo. Por tanto, el desafío de la era Trump para Europa también puede constituir una oportunidad para consagrarse como un actor geopolítico internacional:

- En materia de defensa, la UE debería empezar a plantearse seriamente la posible construcción de una defensa común, en la que se impliquen de forma firme y solidaria todos los Estados miembros. Como ya han explicado algunos dirigentes europeos, esto no significa abandonar la OTAN o no cumplir con sus compromisos dentro de la organización, sino que también podría ser una buena oportunidad para la UE aumentar progresivamente cada Estado miembro su contribución económica en defensa hasta el 2% de su PIB aproximadamente lo que, en principio, debería proporcionar un mayor poder de influencia a la UE dentro de la organización, a la vez que podría propiciar una mejora en las relaciones transatlánticas. Es cierto que para los Estados miembros de la Unión estamos hablando de un esfuerzo económico muy elevado en la seguridad y defensa europea pero deben tomarlo como la mejor inversión para una Europa en un mundo inestable e inseguro.
- En cuanto a la renovación de las alianzas geoestratégicas que se pueden producir con Trump en el poder, la UE tiene que estar preparada y saber actuar a tiempo si quiere jugar un papel importante en la esfera global. El escenario que parece más factible es que EE.UU., alcance acuerdos bilaterales con Rusia y refuerce su alianza relegando a un segundo plano la relación transatlántica y los intereses europeos, por lo que la UE debe actuar rápido y de manera eficaz para tratar de evitarlo, intentando mantener una relación cordial con EE.UU., para proteger sus intereses y ganar protagonismo en el mundo. Por tanto, la UE no solo tiene que avanzar en el

proyecto común europeo para poder convertirse en un actor fuerte y creíble en la arena internacional, sino que también debe esforzarse por mantener el diálogo y el apoyo con aliados tradiciones como EE.UU., para intentar equilibrar e influir, en la medida de lo posible, en las relaciones entre Washington y Moscú. Sin embargo, algo más complicado será con Rusia, debido a las tensiones que se originaron con el conflicto de Ucrania, pero la UE puede contener el expansionismo ruso si sabe mantener su alianza geoestratégica con EE.UU. Por tanto, no hablaremos de un triángulo estratégico EE.UU.-UE-Rusia, pero sí podríamos hacerlo de un juego estratégico por parte de la UE para mantener de manera activa su diálogo y sus intereses con EE.UU., tratando de influir estratégicamente en la relación de Trump con Rusia y no quedarse fuera de juego.

- Por último, respecto a China, también nos encontramos con que probablemente la alianza Washington-Moscú trate de aislar y contener a China. Con la llegada de Trump al poder se han avivado las tensiones entre ambas potencias y se ha aumentado la presencia militar china en las islas del mar del Sur de China, por lo que son bastante previsibles unas relaciones complicadas con EE.UU. Sin embargo, en las relaciones de Washington con Pekín, la UE también puede encontrar de nuevo una buena oportunidad para jugar un papel estratégico al ser el principal socio comercial de China y compartir algunos compromisos internacionales. Así pues, en primer lugar, ante la postura aislacionista de Trump, la UE debe aliarse con China para poder avanzar en acuerdos tan importantes a escala global como el Acuerdo de París, lo que aumentaría el prestigio y el liderazgo de ambas potencias en el escenario internacional y, en segundo, la UE debe de tratar de mediar e influir estratégicamente en las relaciones chino-norteamericanas favoreciendo el diálogo y la cooperación entre ambas potencias tratando de garantizar el respeto por los valores y principios universales y la estabilidad en el orden internacional.

Para concluir, tan solo añadir y matizar que, la UE puede y debe jugar un papel estratégico como actor geopolítico internacional en la renovación de las alianzas mundiales para no quedarse fuera de juego y tener una presencia fuerte, creíble y reconocida en el escenario internacional, demostrando a EE.UU., que es un aliado indispensable y que le necesita para mantener la paz y la seguridad en el nuevo orden internacional.

Por tanto, la UE debe esforzarse por mantener el diálogo y el apoyo de EE.UU., para tratar de influir y mediar en las relaciones de Washington con Moscú y Pekín. La UE no puede quedarse relegada a un segundo plano en las relaciones de equilibrio de poder entre las principales potencias mundiales, entre las que predominará el realismo político, y debe defender los principios y valores europeos y el «multilateralismo eficaz» como el mejor instrumento para solucionar los retos y desafíos del siglo XXI de una manera pacífica preservando el orden liberal-democrático global.

Conclusiones

La llegada de Trump a la Casa Blanca y el cambio de rumbo de su política exterior parecen marcar un punto de inflexión en el escenario internacional en el que, probablemente, EE.UU. mantendrá una buena relación, aunque con algún altibajo, con Rusia y, por el contrario, una relación más tensa y distante con China, aunque el escenario de una guerra comercial es muy poco probable por las graves consecuencias para sus economías.

Por tanto, la creación de una alianza tripartita entre las tres grandes potencias parece improbable por la eterna lucha de poder entre ellas, a no ser que Moscú aprovechando su postura geoestratégica al mantener unas relaciones cordiales con Pekín y reforzar sus relaciones con Washington, haga de mediador estratégico y consiga desarrollar sus relaciones con EE.UU. y China en el mismo sentido y dirección.

Sin embargo, como ya hemos comentado, este escenario es poco probable, porque Rusia sabe que puede jugar mejor sus cartas y privilegiarse de su acercamiento a EE.UU., intentando contener el expansionismo chino. Pero no hay que olvidar que China también puede beneficiarse de la política exterior aislacionista norteamericana para consolidar su liderazgo en la región, e involucrarse más activamente en los compromisos de la agenda internacional lo que, evidentemente, incrementaría su poder e influencia en el mundo.

Por su parte, la UE no solo debería ser capaz de superar su compleja situación, sino que debería avanzar en el proyecto común europeo reforzando los elementos identitarios de la Unión dotándola de una mayor coherencia interna que permita legitimar a la propia Unión frente a otras grandes potencias como EE.UU., Rusia o China. La UE debe tratar de alcanzar el binomio efectividad económica-cohesión social puesto que no podrá convertirse en un actor geopolítico internacional si antes no

resuelve sus problemas estructurales y genera un clima de optimismo entre sus ciudadanos. En cuanto al juego de alianzas geoestratégicas, la UE debe proteger su relación con EE.UU., aunque no debe renunciar a los valores y principios europeos. El escenario idóneo para la UE sería mantener una buena relación con Washington e intentar mediar e influir de manera estratégica en sus relaciones con Moscú y Pekín, demostrando que en el nuevo mapa geopolítico mundial la Unión es una pieza clave y determinante para garantizar el orden y la estabilidad internacional.

*Beatriz Navarro Sanz**
Graduada en Relaciones Internacionales
Máster en Seguridad y Defensa